



Los caynas

César Vallejo

Luis Urquizo lanzó una carcajada, y, tragándose todavía las últimas pólvoras de risa, bebió ávidamente su cerveza. Luego, al poner el cristal vacío sobre el zinc del mostrador, lo quebró, vociferando:

–¡Eso no es nada! Yo he cabalgado varias veces sobre el lomo de mi caballo que caminaba con sus cuatro cascos negros invertidos hacia arriba. ¡Oh, mi soberbio alazán! Es el paquidermo más extraordinario de la tierra. Y más que cabalgarlo así sorprende, maravilla, hace temblar de pavor el espectáculo en seco, simple y puro de líneas y movimientos que ofrece aquel potro cuando está parado, en imposible gravitación hacia la superficie inferior de un plano suspendido en el espacio. Yo no puedo contemplarlo así, sin sentirme alterado y sin dejar de huir de su presencia, despavorido y como acuchillada la garganta. ¡Es brutal! Parece entonces una gigantesca mosca asida a una de esas vigas desnudas que sostienen los techos humildes de los pueblos ¡Eso es maravilloso! ¡Eso es sublime! ¡Irracional!

Luis Urquizo habla y se arrebatá, casi chorreando sangre el rostro rasurado, húmedos los ojos. Trepida; guillotina sílabas, suelda y enciende adjetivos; hace de jinete, depone algunas fintas; conifica en álgidas interjecciones las más anchas sugerencias de su voz, gesticula, iza el brazo, ríe: es patético, es ridículo: sugestiona y contagia en locura. Después dijo:

–Me marchó– Y corriendo, saltó el dintel de la taberna y desapareció rápidamente
–¡Pobre! –exclamaron todos–. Está completamente loco.

Urquizo, en verdad, estaba desequilibrado. No cabía duda. Así lo confirmaba el curso posterior de su conducta. Aquel hombre continuó viendo las cosas al revés, trastrocándolo todo, a través de los cinco cristales ahumados de sus sentidos enfermos. Las buenas gentes de Cayna, pueblo de su residencia, hicieron de él, como es natural, blanco de cruel curiosidad y cotidiana distracción de grandes y pequeños.

Años más tarde, Urquizo, por falta de cura oportuna, agravóse en forma mortal en su demencia, y llegó al más truculento y edificante diorama del hombre que tiene el triángulo de dos ángulos, que se muerde el codo, que ríe ante el dolor, y llora ante el

placer: Urquizo llegó a errar allende las comisuras eternas, a donde corren a agruparse, en son de armonía y plenitud, los siete tintes céntricos del alma y del color.

Por entonces, yo le encontré una tarde. Desde que le avisté, pocos pasos antes de cruzarnos, despertóse en mí desusada piedad hacia aquel desgraciado, que, por lo demás, era primo mío en no sé qué remota línea de consanguinidad materna; y, al cederle la vereda, saludándole de paso, tropecéme en uno de los baches de la empedrada calle, y fui a golpear con el mío un antebrazo del enfermo. Urquizo protestó colérico:—¡Quía! ¿Esta usted loco?

La exclamación sarcástica del alienado me hizo reír; y más adelante fue ella motivo de constantes cavilaciones en que los misterios de la razón se hacían espinas, y empozábanse en el cerrado y tormentoso círculo de una lógica fatal, entre mis sienes. ¿Por qué esa forma de inducción para atribuirme la descompaginación de tornillos y motores que sólo en él había?

Este último síntoma, en efecto, traspasaba ya los límites de la alucinación sensorial. Esto era ya más trascendental, sin duda, desde que representaba, nada menos que un raciocinio, un atar de cabos profundos, un dato de conciencia. Urquizo debía, pues, creerse a sí mismo en sus cabales; debía de estar perfectamente seguro de ello, y, desde este punto de vista suyo, era yo, por haberle golpeado sin motivo, el verdadero loco. Urquizo atravesaba por este plano de juicio normal que se denuncia en casi todos los alienados; plano que, por su desconcertante ironía, hiere y escarnece los riñones más cuerdos, hasta quitarnos toda rienda mental y barrer con todos los hitos de la vida. Por eso, la zurda exclamación de aquel enfermo clavóse tanto en mi alma y todavía me hurga el corazón.

Luis Urquizo pertenecía a una numerosa familia del lugar. Era, por infortunado, muy querido de los suyos, quienes le prestaban toda suerte de cuidados y amorosa asistencia. Un día se me notificó una cosa terrible. Todos los parientes de Urquizo, que convivían con él, también estaban locos. Y todavía más. Todos ellos eran víctimas de una obsesión común, de una misma idea, zoológica, grotesca, lastimosa, de un ridículo fenomenal; se creían monos, y como tales vivían.

Mi madre invitóme una noche a ir con ella a saber del estado de los parientes locos. No encontramos en la casa de éstos sino a la madre de Urquizo, quien cuando llegamos, se entretenía en hojear tranquilamente un cartapacio de papeluchos, a la luz de la lámpara que pendía en el centro de la sala. Dado el aislamiento y atraso de aquel pueblo, que no poseía instituciones de beneficencia, ni régimen de policía, esos pobres enfermos de la sien salían cuando querían a la calle; y así era de verlos a toda hora cruzar por doquiera la población, introducirse a las casas, despertando siempre la risa y la piedad en todos. La madre de los alienados, apenas nos divisó, chilló agudamente, frunció las cejas con fuerza y con cierta ferocidad, siguió haciéndolas vibrar de abajo arriba varias veces, arrojó luego con mecánico ademán el pliego que manoseaba; y, acurrucándose sobre la silla, con infantil rapidez de escolar que se enseria ante el maestro, recogió los pies, dobló las rodillas hasta la altura del nacimiento del cuello, y, desde esta forzada actitud, parecida a la de las momias, esperó a que entrásemos a la casa, clavándonos, cabrilleantes, móviles, inexpresivos, selváticos, sus ojos entelarañados que aquella noche suplantaban asombrosamente a los de un mico. Mi madre asióse a mí asustada y trémula, y yo mismo sentíme sobrecogido de espeluznante sensación de espanto. La loca parecía furiosa

Pero no. A la brusca claridad de la cercana lámpara, distinguimos que aquella cara extraviada, bajo la corta cabellera que le caía en crinejas asquerosas hasta los ojos, empezaba luego a fruncirse y moverse sobre el miserable y haraposo tronco, volviéndose a todos lados, como solicitada por invisibles resortes o por misteriosos

ruidos producidos en los ferrados barrotes de un parque. La loca, después, como si prescindiera de nosotros, empezó a rascarse y espulgarse el vientre, los costados, los brazos, triturando los fantásticos parásitos con sus dientes amarillos. De breve en breve chillaba largamente, escrutaba en torno suyo y aguaitaba a la puerta, como si no nos advirtiera. Madre, transcurridos algunos minutos de expectación y de miedo, hízome señas de retroceder, y abandonamos la casa.

De esta lúgubre escena hacía veintitrés años cumplidos, cuando después de haber vivido, separado de los míos durante todo aquel tracto de tiempo, por razón de mis estudios en Lima, tornaba yo una tarde a Cayna, aldea que, por lo solitaria y lejana era como una isla allende las montañas solas. Viejo pueblo de humildes agricultores, separado de los grandes focos civilizados del país por inmensas y casi inaccesibles cordilleras, vivía a menudo largos períodos de olvido y de absoluta incomunicación con las demás ciudades del Perú.

Debo llamar la atención hacia la circunstancia asaz inquietante de no haber tenido noticias de mi familia, en los seis últimos años de mi ausencia.

Mi casa estaba situada casi a la entrada de la población. Un acanelado poniente de mayo, de esos dulces y cogitabundos ponientes del oriente peruano, abríase de brazos sobre la aldea que no sé por qué tenía a esa hora, en su soledad y abandono exteriores, cargado olor a desventura, tenaz aire de lástima. Tal una roña de descuido y destrucción inexplicable rezumaba de todas partes. Ni un solo traseúnte. Y apenas crucé las primeras esquinas, opacáronse mis nervios, golpeados por una súbita impresión de ruina; y sin darme cuenta, estuve a punto de llorar.

El portón lacre y rústico de la mansión familiar apareció abierto de par en par. Descendí de la cabalgadura, y, jadeante de lacerada ternura, torpe de presagiosa emoción, hablando al sudoroso lento animal, avancé zaguán adentro. Inmediatamente, entre el ruido de los cascos, despertáronse en el interior destemplados gritos guturales, como de enfermos que ululasen en medio del delirio y la fatiga.

No podré ahora precisar la suerte de pétreas cadenas que, anillándose en mis costados, en mis sienes, en mis muñecas, en mis tobillos, hasta echarme sangre, mordieronme con fieras dentelladas, cuando percibí aquella especie de doméstica jauría. La antropoidal imagen de la madre de Urquizo surgió instantáneamente en mi memoria, al mismo tiempo que invadíame un presentimiento tan superior a mis fuerzas que casi me valía por una aciaga certeza de lo que, breves minutos después, había de dar con todo mi ser en la tiniebla

A toda voz llamé casi gimiendo.

Nada. Todas las puertas de las habitaciones estaban, como la de la calle, abiertas hasta el tope. Solté la brida de mi caballo, corrí de corredor en corredor, de patio en patio, de aposento en aposento, de silencio en silencio; y nuevos gruñidos detuviéronme por fin, delante de una gradería de argamasa que ascendía al granero más elevado y sombrío de la casa. Atisbé. Otra vez se hizo el misterio.

Ninguna seña de vida humana; ni un solo animal doméstico. Extrañas manos debían de haber alterado, con artimañoso desvío del gusto y de todo sentido de orden y comodidad, la usual distribución de los muebles y de los demás enseres y menaje del hogar.

Precipitadamente, guiado por secreta atracción, salté los peldaños de esa escalera; y, al disponerme a trasponer la portezuela del terrado, la advertí franca también. Detúvome allí inexplicable y calofriante tribulación; dudé por breves segundos, y, favorecido por los destellos últimos del día, avizoré ávidamente hacia adentro.

Rabioso hasta causar horror, desnaturalizado hasta la muerte, relampagueó un rostro macilento y montaraz entre las sombras de esa cueva. Enristrando todo mi coraje —¡pues

que ya lo suponía todo, Dios mío!– me parapeté junto al marco de la puerta y esforcéme en reconocer esa máscara terrible.

¡Era el rostro de mi padre!

¡Un mono! Sí. Toda la trunca verticalidad y el fácil arresto acrobático; todo el juego de nervios. Toda la pobre carnación facial y la gesticulación; la osamenta entera. Y, hasta el pelaje cosquilleante, ¡oh la lana sutilísima con que está tramada la inconsútil membrana de justo, matemático espesor suficiente que el tiempo y la lógica universal ponen, quitan y trasponen entre columna y columna de la vida en marcha!

–Khirrrrr.... Khirrrrr....– silbó trémulamente.

Puedo asegurar que por su parte él no me reconocía. Removiése ágilmente, como posicionándose mejor en el antro donde ignoro cuando habíase refugiado; y, presa de una inquietud verdaderamente propia de un gorila enjaulado, ante las gentes que lo observan y lo asedian, saltaba, gruñía, rascaba en la torta y en el estucado del granero vacío, sin descuidarse de mí ni por un solo momento, presto a la defensa y al ataque.

–¡Padre mío!– rompí a suplicarle, impotente y débil para lanzarme a sus brazos.

Mi padre entonces depuso bruscamente su aire diabólico, desarmó toda su traza indómita y pareció salvar de un solo impulso toda la noche de su pensamiento.

Deslizóse en seguida hacia mí, manso, suave, tierno, dulce, transfigurado, hombre, como debió de acercarse a mi madre el día en que se estrecharon tanto y tan humanamente, hasta sacar la sangre con que llenaron mi corazón y lo impulsaron a latir a compás de mis sienes y mis plantas.

Pero cuando yo ya creía haber hecho la luz en él, al conjuro milagroso del clamor filial, se detuvo a pocos pasos de mí, como enmendándose allá, en el misterio de su mente enferma. La expresión de su faz barbada y enflaquecida fue entonces tan desorbitada y lejana, y, sin embargo, tan fuerte y de tanta vida interior, que me crispó hasta hacerme doblar la mirada, envolviéndome en una sensación de frío y de completo trastorno de la realidad.

Volví, no obstante, a hablarle con toda vehemencia. Sonrió extrañamente.

–La estrella...– balbuceó con sorda fatiga. Y otra vez lanzó agrios chillidos.

La angustia y el terror me hicieron sudar glacialmente. Exhalé un medroso sollozo, rodé la escalinata sin sentido y salí de la casa.

La noche había caído del todo.

¡Es que mi padre estaba loco! ¡Es que también él y todos los míos creíanse cuadrumanos, del mismo modo que la familia de Urquizo! Mi casa habíase convertido, pues, en un manicomio. ¡El contagio de los parientes! ¡Sí; la influencia fatal!

Pero esto no era todo. Una cosa más atroz y asoladora había acontecido. Un flagelo del destino; una ira de Dios. No sólo en mi hogar estaban locos. Lo estaba el pueblo entero y todos sus alrededores.

Una vez fuera de la casa, echéme a caminar sin saber adónde ni con qué fin, padeciendo aquí y allá choques y cataclismos morales tan hondos que antes ni después los ha habido semejantes que abatieran más mi sensibilidad.

Las calles tenían aspecto de tapiados caminos. Por doquiera que salíame al paso algún transeúnte, saltaba en él fatalmente una simulación de antropoide, un personaje mímico. La obsesión zoológica regresiva, cuyo germen primero brotara tantos años ha en la testa funámbula de Luis Urquizo, hablase propagado en todos y cada uno de los habitantes de Cayna, sin variar absolutamente de naturaleza. A todos aquellos infelices les había dado por la misma idea. Todos habían sido mordidos en la misma curva cerebral.

No conservo recuerdo de una noche más preñada de tragedia y bestialidad, en cuyo fondo de cortantes bordes no había más luz que la natural de los astros, ya que en ninguna parte alcancé a ver luz artificial. ¡Hasta el fuego, obra y signo fundamentales de

humanidad, había sido proscrito de allí! Como a través de los dominios de una todavía ignorada especie animal de transición, peregriné por ese lamentable caos donde no pude dar, por mucho que lo quise y lo busqué, con persona alguna que librado hubiérase de él. Por lo visto, había desaparecido de allí todo indicio de civilidad.

Muy poco tiempo después de mi salida, debí de haber tornado a mi casa. Advertíme de pronto en el primer corredor. Ni un ruido. Ni un aliento. Corté la compacta oscuridad que reinaba, crucé el extenso patio y di con el corredor de enfrente. ¿Qué sería de mi padre y de toda mi familia?

Alguna serenidad tocó mi ánima transida. Había que buscar a todo trance y sin pérdida de tiempo a mi madre, y verla y saberla sana y salva y acariciarla y oírla que llora de ternura y que gozo al reconocermé, y rehacer, a su presencia, todo el hogar deshecho. Había que buscar de nuevo a mi padre. Quizás, por otro lado, sólo él estaría enfermo. Quizás todos los demás gozarían del pleno ejercicio de sus facultades mentales.

¡Oh, sí, Dios mío! Engañado habíame, sin duda, al generalizar de tan ligero modo.

Ahora caía en cuenta de mi nerviosidad del primer momento y de lo mal dispuesta que había estado mi excitable fantasía para haber levantado tan horribles castillos en el aire. Y aun ¿acaso podía estar seguro de la demencia misma de mi padre?

Una fresca brisa de esperanza acaricióme hasta las entrañas.

Franqueé, disparado de alegría, la primera puerta que alcancé entre la oscuridad, y, al avanzar hacia adentro, sin saber por qué, sentí que vacilaba, al mismo tiempo que, inconscientemente, extraía de uno de los bolsillos una caja de fósforos y prendía fuego. Escudriñaba la habitación, cuando oí unos pasos que se aproximaban por los corredores. Parecían atropellarse.

La sangre desapareció del todo de mi cuerpo; pero no tanto que ello me obligase a abandonar la cerilla que acababa de encender.

Mi padre, tal como le había visto aquella tarde, apareció en el umbral de la puerta, seguido de algunos seres siniestros que chillaban grotescamente. Apagaron de un revuelo la luz que yo portaba, ululando con fatídico misterio:

–¡Luz! ¡Luz!... ¡Una estrella!

Yo me quedé helado y sin palabra.

Más, de modo intempestivo, cobré luego todas mis fuerzas para clamar desesperado:

–¡Padre mío! ¡Recuerda que soy tu hijo! ¡Tú no estás enfermo! ¡Tú no puedes estar enfermo! ¡Deja ese gruñido de las selvas! ¡Tú no eres un mono! ¡Tú eres un hombre, oh, padre mío! ¡Todos nosotros somos hombres!

E hice lumbre de nuevo.

Una carcajada vino a apuñalarme de sesgo a sesgo el corazón. Y mi padre gimió con desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.

–¡Pobre! Se cree hombre. Está loco...

La oscuridad se hizo otra vez.

Y arrebatado por el espanto, me alejé de aquel grupo tenebroso, la cabeza tambaleante.

–¡Pobre! –exclamaron todos– ¡Está completamente loco!...

–Y aquí me tienen ustedes, loco– agregó tristemente el hombre que nos había hecho tan extraña narración.

Acercósele en esto un empleado, uniformado de amarillo y de indolencia, y le indicó que le siguiera, al mismo tiempo que nos saludaba, despidiéndose de soslayo:

–Buenas tardes. Le llevo ya a su celda. Buenas tardes.

Y el loco narrador de aquella historia, perdióse lomo a lomo con su enfermero que le guiaba por entre los verdes chopos del asilo; mientras el mar lloraba amargamente y peleaban dos pájaros en el hombro jadeante de la tarde...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**. www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

